

# El hombre que hablaba con las máquinas - 06 - Las máquinas místicas

Paco Pérez Caballero

## El hombre que hablaba con las máquinas

Las máquinas místicas

Por Paco Pérez Caballero



megusta escribir

# Capítulo 1

El hombre que hablaba con las máquinas

## **Las máquinas místicas**

Muchos años antes de que llegara el año 2000, los ordenadores habían entrado en algunos recintos eclesiásticos de las tierras del sur. Aunque los estamentos siempre anquilosados de la Iglesia Católica se resistían a mezclar lo divino con lo tecnológico, la infiltración era inevitable, debido a los nuevos miembros que por cuestiones naturales de vida y muerte iban sustituyendo a los que Dios llamaba a su lado.

La mayor congregación de las tierras del sur superaba lo que en términos sindicales se llamarían once mil afiliados, pero que en la terminología apropiada se llamaban hermanos. Así, estas congregaciones se denominaban Hermandades. Pues la mayor de las Hermandades tenía serios problemas cada año cuando llegaba el momento de organizar su celebración mayor, la Semana Santa. Había llegado al punto de que, dos meses antes del evento, un enorme número de voluntarios participaba desinteresadamente en la elaboración de cartas, etiquetas, notificaciones y horarios todo multiplicado por once mil y hecho a mano. Escribir once mil cartas, once mil etiquetas, pero sobre todo pegar once mil sellos requería de toda la fe que los voluntariosos hermanos podían aportar. Aún así los errores y equívocos se multiplicaban año tras año, porque aunque en teología Dios trata a todas sus criaturas por igual, en la práctica no sucede así, de forma que si un hermano tenía una antigüedad superior a otro, tenía derecho a estar más cerca de los pasos de la Virgen o del Cristo, lo cual resolvía los problemas topológicos que implicaba el interpretar la teología al pie de la letra, porque once mil hermanos situados todos equitativamente a la misma distancia de los pasos implicaría que formaran un círculo de casi dos kilómetros de diámetro cogidos del brazo, con el Cristo o la Virgen en el centro, un corro de la patata pero con capirotos. Siendo así, la Semana solo se podría celebrar en las pistas de aterrizaje de los aeropuertos. Bueno, bueno, bueno, las cosas están bien como están y no se hable más.

Llegado el momento necesitaron ayuda técnica, y como Dios todo lo sabe, les dio la tarjeta del hombre que podría ayudarles. Era, claro está, Blídimin, el hombre que hablaba con las máquinas.

En el instante en que efectuaron la llamada de teléfono, Blídimin se encontraba muy muy al norte, a unos cuatro mil kilómetros, más o menos, sopesando un champiñón que había encontrado en el bosque que debía rondar los cinco kilos. Un champiñón increíble pero cierto. Su Teléfono Siempre Disponible comenzó a vibrar en el bolsillo. Acucillado, sin dejar de sopesar el enorme ejemplar con la mano derecha, respondió

la llamada con la izquierda.

Hola, soy Blídimin.

Buenos días, le llamo desde la Mayor Hermandad de las tierras del sur, necesitamos de sus servicios – dijo la voz al otro lado.

¿De qué se trata?, ¿la Hermandad tiene máquinas? – preguntó sorprendido.

Sí, pero no sabemos qué hacer con ellas, por eso le necesitamos.

Estaré ahí mañana sobre las cinco de la tarde, ¿le parece bien?

Estupendo, le esperamos sobre las cinco. Gracias y un saludo.

Un saludo. – Y cortó la comunicación.

Hay que aclarar que en las tierras de muy muy al norte es imposible quedar *sobre* las cinco, o *sobre* la hora que sea. Allí o se queda a las cinco y diecisiete, por ejemplo, o no se queda. Sin embargo, en las tierras del sur, por algunos efectos colaterales de la relatividad especial de Einstein, el tiempo tenía una elasticidad conocida por todos sus habitantes, lo que permitía quedar *sobre* una hora y que todas las reuniones fueran posibles.

Blídimin depositó el agaricáceo sobre la crecida hierba, se incorporó y respiró profundamente el limpio y frío aire del bosque. Tendría que volar antes de lo que pensaba.

Al día siguiente, Blídimin se presentó sobre las cinco en el histórico edificio de la Mayor Hermandad de las tierras del sur. La tarde era apacible y la luz del sol iluminaba las vetustas piedras del edificio, sembradas de líquenes en los intersticios, de forma que estas relataban con facilidad los miles de años de historia que habían pasado por sus ojos. Hombres y mujeres, durante siglos y siglos, con distintas vestimentas, distintos idiomas, distintos anhelos y pensamientos habían tocado aquellas piedras que daban al edificio el porte y la solemnidad que solo una Hermandad como aquella podía contener.

Sobre las cinco se presentaron a su vez los encargados de introducir a Blídimin en el místico mundo de la religiosidad mezclada con máquinas de última generación.

El Hermano Mayor de la Mayor Hermandad de las tierras del sur vestía elegantemente un traje de ejecutivo adornado en la solapa con una insignia religiosa, sin duda de oro. Los demás hermanos, que no eran tan Mayores, vestían más informales y no llevaban insignia. Todos los

ejércitos llevan galones.

De forma detallada, y aportando documentos de ejemplo, hechos a mano, de la última celebración acontecida de la Semana Santa, le mostraron a Blídimin la problemática de gestionar tan ingente cantidad de información.

Blídimin, a la vez que prestaba atención a los pormenores de la gran operación, no dejaba de observar la sala en la que se encontraban reunidos. Llena de alfombras, cuadros y antiquísimos muebles, que, al igual que las piedras del edificio, hablaban del paso del tiempo con una tranquilidad que le relajaba y le complacía más de lo que hubiera imaginado. Porque los ambientes en los que Blídimin hablaba con las máquinas rara vez tenían una antigüedad de más de unas pocas decenas de años, y en concreto las máquinas de más de diez años siempre eran antiguas. Mientras que allí se encontraba arropado por miles de años de historia, que le decían que hiciera lo que hiciese, todo eso perduraría más allá de su vejez y más allá de la vejez de sus nietos, si es que alguna vez llegaba a tenerlos.

Cuando toda la documentación estuvo explicada y Blídimin hubo tomado cientos de notas sobre cada detalle, le mostraron, en otra habitación, la maquinaria que habían adquirido para llevar a cabo la tarea. De nuevo Blídimin tuvo que sorprenderse ante los recursos ilimitados de lo divino en la Tierra, porque con aquella maquinaria además de confeccionar todo lo que la Hermandad deseaba, se podía controlar el tráfico aéreo de un aeropuerto medio sin sobrecargar el sistema. Todos los equipos estaban embalados en sus enormes cajas, Blídimin abrió alguna de ellas y pudo observar, como a un gigante dormido, a As4009402. En pocos meses sería uno de sus mejores amigos.

Esa misma noche Blídimin diseñó el plan de acción que seguiría para mezclar máquinas del siglo XX con un entorno del siglo XII y que todo quedase en armonía. En total calculó que harían falta tres meses sin imprevistos para hacer todo el trabajo, es decir que serían seis meses. En el informe que entregó por escrito al día siguiente a los Hermanos responsables, fijó en ocho meses la duración de la tarea. Había que ser un buen estudioso de la relatividad einsteniana para comprender cómo en las tierras del sur el tiempo se dilatava en función de muchas variables que incluían el clima y el humor del pescadero de la esquina, por señalar dos de las más relevantes.

Durante muchos días y muchas noches Blídimin estuvo enfrascado en la complicada tarea de ordenar de forma caótica a once mil hermanos en función de su antigüedad, de sus cuotas, e incluso de su vestimenta y accesorios, porque un romano tenía que ir en un sitio y el hermano que portaba la vara tenía que ir en otro, había que contar también con los nazarenos y con mil factores más como el orden alfabético de apellidos, o

el orden en los códigos postales y los domicilios de las etiquetas para que la Oficina de Correos de la ciudad no se viera colapsada al tener que ordenar once mil cartas extra de la Hermandad.

Mientras tanto, Blídimin seguía atendiendo las demás llamadas que recibía para hablar con máquinas de otros sitios, pero nunca con la carga histórica del proyecto de la Mayor Hermandad de las tierras del sur.

Una mañana, Blídimin fumaba en pipa por aquella época, y se quedó atascado diseñando un calendario interno que debía incorporar al proyecto para que la Hermandad pudiera planificar todos sus eventos. Ante un bloqueo mental así lo mejor siempre era recargar la pipa pausadamente y conversar con su ordenador para que le aportara las ideas que él no tenía. En esta circunstancia ocurrió un hecho asombroso, mientras se llevaba una cerilla al cuenco de la pipa para prender el tabaco que acababa de reponer y esperaba que I486dx4, su ordenador de entonces, le diera una idea para el calendario, este con una voz profunda que no era la suya, le dijo:

Hola Blídimin, ¿no crees que se te olvida algo?

Blídimin dejó de aspirar la caña de la pipa sin moverla de entre los labios y tardó unos segundos en responder:

¿Por qué me hablas con esa voz, I486dx4?

Digamos que como tú no me oyes directamente te hablo a través de tu ordenador – respondió la voz profunda.

Pero ¿por qué yo no te oigo directamente?, ¿quién eres? – preguntó un tanto sorprendido.

¿Crees en Dios, Blídimin? – preguntó de nuevo la voz profunda desde el ordenador.

Pues no mucho, la verdad. Es decir, nada de nada.

Motivo por el cual no me oyes directamente – dijo la voz dejando que la frase resonara en el silencio de su despacho.

Ah, ¿es que eres Dios? – preguntó Blídimin incrédulo.

Así es – respondió en tono simpático la profunda voz.

Bien, es toda una sorpresa para mí. ¿Y qué es lo que se me ha olvidado? – preguntó Blídimin a quien oír a Dios a través de una máquina tampoco le resultaba devastador. Si no hubiera estado I486dx4 de por medio quizá se

habría desmayado de la impresión.

Bueno, pues no quedan muchos años para que llegue el año dos mil, ¿has pensado que vas a hacer con las fechas llegado ese momento?

Blídimin sopesó técnicamente lo que acababa de escuchar, los engranajes de su mente casi podían oírse con un tiquitiquitiqui, al pensar en ello.

Pues no lo había pensado, pero ahora que lo dices algo tendré que hacer con esas fechas – le comentó a Dios.

Pues hazlo porque sé de buena tinta que será un problema, llegado el momento.

Dios, eres un genio de la programación – sonrió Blídimin.

Es lo que tiene ser omnipotente, también escribo unos poemas que no están nada mal – comentó Dios con buen humor.

Lo tendré presente cuando necesite inspiración – respondió Blídimin en el mismo tono.

La necesitarás, hijo mío, la necesitarás – vaticinó el Creador de todas las cosas.

¿Entonces cuento contigo cuando llegue ese momento? – preguntó Blídimin soltando una lenta bocanada de humo azulado.

No me oirás, pero me sentirás en tu interior – vaticinó Dios.

Tú sí que sabes hacer amigos, Dios – exclamó Blídimin sonriente.

Para eso me pagan – dijo en tono solemne.

¿Te pagan? – contestó Blídimin sorprendido.

Es broma, hombre.

¡Qué cachondo!

Encantado de saludarte, Blídimin, te dejo con tu tarea divina.

Gracias Dios, el placer ha sido mío.

Adios – se despidió la voz profunda.

I486dx4 parpadeó varias veces al salir del trance y comentó:

Menuda experiencia acabo de tener, Blídimin.

Ya, ya, qué me vas a contar – y siguió enfrascado en el calendario.

Fue así cómo Blídimin hizo el primer programa que no acusaría el llamado efecto 2000 y cómo conoció a Dios sin haber creído nunca en él.

A medida que pasaban los meses, Blídimin se hizo inevitablemente asiduo de la Hermandad, y sentía un profundo placer cuando le saludaban los porteros y los hermanos llamándole por su nombre. De alguna forma, se había incorporado a la historia del insigne edificio por méritos propios.

Quedaban dos meses para que se cumpliera el plazo de seis que él se había propuesto para terminar el trabajo. Para entonces As4009402 ya calculaba perfectamente la ordenación de los tres mil hermanos que saldrían en procesión en la siguiente Semana Santa. Al contrario de lo que pensó Blídimin en un principio, no salían los once mil a la calle, solo los tres mil de mayor antigüedad y mayores cuotas. Enlazaba a la perfección con otros ordenadores más pequeños que había distribuido por las dependencias de forma que entre pocas personas se pudieran gestionar toda la documentación que originaba el evento religioso y ya solo le quedaba enlazar con una pequeña tiendecita de recuerdos religiosos donde se vendían cirios, rosarios, imágenes y un sinfín de objetos relacionados con el culto. El refrán “como a un santo dos pistolas” se pudo decir desde entonces “como a un santo un código de barras”, porque a Blídimin no le quedó más remedio que etiquetar con códigos de barras todos los objetos de la tienda, cosa que a los propietarios les pareció horrible desde el primer momento. Pero en realidad esa actitud era algo con lo que había tenido que trabajar todos esos meses, la resistencia a los cambios. Si Blídimin proponía que había que cambiar una mesa de sitio, todo eran pegas. Para una mesa, para un cuadro, para hacer un agujero en la pared, para poner un tablón de anuncios en la entrada, para todo. De esa experiencia aprendió Blídimin algo importantísimo para su carrera profesional y humana, al fin y al cabo: “Si algo merece la pena ser cambiado, da igual la resistencia que encuentre, es cuestión de insistir, al final te lo agradecen”, y lo contrario: “Si algo no merece la pena ser cambiado, da igual lo que insistas, aunque lo cambies volverá solo a su estado anterior”.

El dueño de la tiendecita de objetos religiosos entabló confianza con Blídimin y un día le pidió que le echase un vistazo a un pequeño ordenador que tenía en casa porque había dejado de imprimir. Esa visita sin importancia aparente le aportó a Blídimin otra experiencia que no olvidaría jamás, porque el tendero era, además, el encargado de tejer los mantos que llevaba la Virgen en las procesiones y cuando Blídimin entró en su casa, comprendió que al igual que le ocurrió la primera vez que

entró en el edificio de la Hermandad, acababa de pisar otro planeta.

La casa del tendero artesano era una construcción antiquísima con muros enormes y techos altísimos, patios húmedos y frescos cuajados de plantas y silbidos de pájaros. Suelos enlosados con dibujos que jamás había pisado, igual ocurría con las paredes, adornadas con azulejos fabricados a mano por alguien que seguro hacía mucho mucho tiempo que había pasado a mejor vida.

En una pequeña habitación cuya puerta y ventana daban al patio, se encontraba un ordenador igualmente anciano que Blídimin no había visto desde niño, se llamaba Apple1 y era tan sobrecogedoramente bonito que no lo hubiera cambiado por As4009402 en aquella casa. Estaba hecho de madera y cerrado con tornillos gordos casi tan grandes como las teclas, con su nombre taladrado en la madera como si fuera un mueble de marquetería francesa más que una máquina electrónica. Blídimin no pudo evitar acariciarlo en cuanto lo vio, mientras su dueño le explicaba:

Intento imprimir pero el papel o no entra en la impresora o sale completamente blanco, ¿es grave doctor?

¡Ese hombre le había llamado doctor! Los ingredientes para sentirse en otro planeta eran completos. Blídimin tecleó suavemente para disfrutar del tacto y de las enormes letras verdes que salían en la pequeña pantalla de televisión, aunque desde el primer momento tuvo claro lo que ocurría. Cogió la impresora, la inclinó sobre el borde de la mesa, que por cierto también era una mesa de buena madera, de respetable edad y profundas señales del paso del tiempo, y sopló enérgicamente en varias direcciones de su interior. Volvió a colocarla en su sitio, le cedió el sitio al tendero y le propuso que probara su funcionamiento. Tras unos ruiditos de una maquinaria que Blídimin pensaba que jamás volvería a oír, la pantalla se llenó de números verdes y la impresora aceptó el papel que le ofrecía el tendero para imprimir a continuación todo lo que transmitía Apple1. Cuando hubo terminado, observó la copia impresa y le dijo a Blídimin:

Es usted un maestro, señor Blídimin.

Gracias hombre, ha sido un placer volver a ver a estas máquinas en funcionamiento.

Dígame cuánto le debo y le pagaré ahora mismo – pidió el tendero soltando la hoja de papel y quitándose las gafas para dejarlas colgando del cordón de cuero que tenía al cuello.

Nada, hombre, qué me va a deber, nada – respondió Blídimin, palmeando amistosamente el hombro del artesano, a lo que éste se detuvo un

segundo y le dijo:

Venga conmigo, por favor.

Blídimin siguió al artesano hasta otra habitación mucho más grande que estaba tras otra puerta que también daba al patio. En ella vio una escena por la que Velázquez o Murillo habrían matado, porque unas doce hilanderas estaban sentadas en círculo alrededor de un manto de color lila enorme al que le iban añadiendo a mano bordados de oro con la lentitud, el pulso y la maestría de años y años de experiencia.

Las mujeres, ancianas la mayoría, y jóvenes las menos, levantaron la vista un momento, sonrieron al saludar y continuaron con su labor. En la habitación olía a polvo, a madera, a telas. ¡Olía a vida! Blídimin se encontraba al borde del llanto, por la alegría de encontrarse allí.

El artesano volvió a calzarse las gafas, se dirigió a un montón de retales que había en un rincón, seleccionó varios, y se decidió por uno que era más o menos triangular y que llevaba los hermosos adornos dorados que Blídimin observaba en la pieza enorme del gran manto.

Tome, un trozo bordado en oro del manto de Nuestra Señora la Virgen, por hacerme el favor de venir hasta aquí a ayudarme con mis máquinas – dijo obsequioso el artesano mientras le tendía el trozo de tela.

Blídimin lo cogió, lo observó emocionado un momento y dijo:

No sabe usted lo feliz que me hace este regalo, y cuánto le agradezco que me haya traído a su casa y a su taller.

Nada hombre, no hay de qué, bien está lo que bien acaba – respondió sonriendo.

Blídimin todavía estuvo un poco más conversando con el hombre sobre el arte de bordar el manto y, a continuación, este le acompañó a la puerta atravesando el hermoso patio y se despidió de él hasta el día siguiente que se encontrarían en la Hermandad.

Blídimin anduvo durante un rato por la calle, alejándose de la casa del artesano, sintiendo con nitidez que estaba haciendo la reentrada en su planeta y que venía de otro.

Poco más le queda a este capítulo. Blídimin acabó su trabajo en los dos meses siguientes ante la satisfacción de los Hermanos Mayores, que vieron cómo se adelantaba en dos meses a los ocho que presupuestó en un principio.

Cuando todo estuvo terminado y las últimas pruebas salieron correctas, hubo una última reunión para cerrar el proyecto y establecer las condiciones en las cuáles tendrían que llamar a Blídimin si algo imprevisto fallaba. Le felicitaron por todo el trabajo que había desarrollado y cuando todos se pusieron en pie para despedirse, el Hermano Mayor se acercó a estrecharle la mano y a continuación se quitó la insignia dorada de la solapa y se la colocó a Blídimin en la suya.

¡Así da gusto trabajar, hombre!, pensaba Blídimin con una sonrisa que le llegaba de oreja a oreja.

Al salir del edificio fue deteniéndose en cada puerta para despedirse de los que habían llegado a ser amigos en esos meses.

En las puertas del edificio de la Mayor Hermandad de las tierras del sur, ante un día que aunque hubiera sido tormentoso, que no lo era, Blídimin hubiera considerado ideal, paseó la vista por la calle y tuvo la sensación de que había pasado mucho tiempo en un país lejano y que volvía a casa. Aunque el hecho era que su casa estaba en esa misma ciudad.